

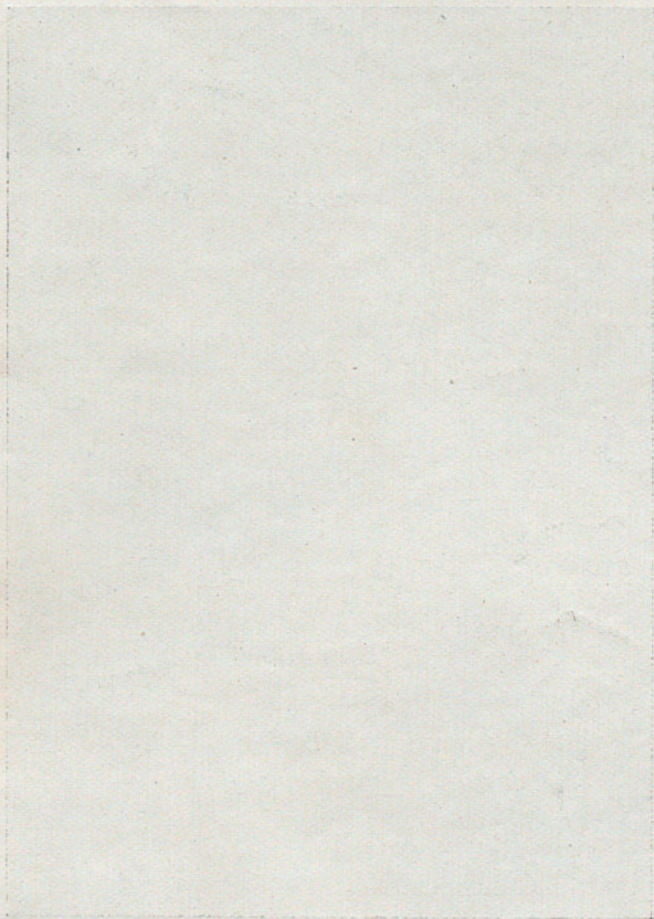
HONORIO GARCÍA Y GARCÍA

GUILLERMO DE MONTRODON:
su personalidad proyectada
en la Historia de España

Estudio biográfico leído en el Salón de la Columna del
Ayuntamiento de Vich el 4 de julio de 1948,
con ocasión de ser repuesta su efigie en la
GALERIA DE VICENSES ILUSTRES



VICH
MCMXLVIII





Guillermo de Montrodón

Pintura del Rdo. D. Jacinto Costa, pbro.,
reproducción del antiguo pintado por
D. Manuel Puig Genís.

HONORIO GARCÍA Y GARCÍA

GUILLERMO DE MONTRODON:
su personalidad proyectada
en la Historia de España

Estudio biográfico leído en el Salón de la Columna del
Ayuntamiento de Vich el 4 de julio de 1948,
con ocasión de ser repuesta su efígie en la
GALERIA DE VICENSES ILUSTRES



VICH
MCMXLVIII



R. 16240

NIHIL OBSTAT
E. JUNYENT, CANÓNIGO,
Censor.

Vich, 22 de junio de 1948.

IMPRIMATUR
† JUAN, OBISPO DE VICH.

Por mandato de Su Excia, Rvdma.,
JOSÉ M.^a MORELL, ARCEDIANO,
Canciller Secretario.

Imprenta Anglada - Vich - Año 1948

Cuando, en las aulas del Instituto de Castellón, el magnífico panorama de la historia patria comenzaba a ofrecerse ante mis ojos en los felices tiempos del pantalón corto y el primer cigarrillo fumado entre ascos y sus atisbos de mareo, en mis impresiones, casi infantiles aún, la figura de Guillermo de Montrodón adquiría una prestancia semejante a la del paladín esforzado de los cuentos de hadas que, en todos, suele penetrar espada en mano en un castillo mágico para liberar algún príncipe o princesa a quien tiene encerrado un sabio malandrín que por encantamiento e influjo de malas artes le tiene encerrado, privándole de ocupar el trono de sus mayores. Y aqué recurrir al Santo Padre; aquellas gestiones cerca de Simón de Montfort para conseguir la entrega de Jaime I, el rey niño a quien retenía en su poder; aquél restituir el regio infante al trono que dejara vacante su padre, muerto prematuramente; aquél tenerlo en el castillo de Monzón sustrayéndole a intrigas y confabulaciones de nobles que pretendían alzarse con la herencia del regio niño, destinado a ser con el tiempo quien liberase del poder musulmán las sierras y los valles, las ciudades y castillos, las villas y lugares de la tierra nativa; todo aquel obrar en defensa de quien no podía valerse por sí mismo, aureolaba la figura del Maestro del Temple en Aragón, Cataluña y Provenza —yo me la figuraba adusta y ferreña— con el nimbo propio de la hombría de bien y de la lealtad acrisolada en medio de aquella turba de nobles aviesos y mal intencionados que si no se valían de artes mágicas y de encantamientos hacían uso de una mala intención rayana en la perfidia y en la deslealtad.

Más tarde, cuando en las aulas de la Universidad se me ofrecía el pasado de la Patria de una manera no tan simplista

pero más humana, la personalidad de Guillermo de Montrodón se me presentaba con un aspecto no tan legendario y fantasmagórico como el paladín del cuento de hadas, sino con el más real y práctico de un político sagaz, recto en el proceder, que procuraba poner remedio a los males reales y posibles de la Patria, restituyéndole su Rey legítimo, para que la rigiese con derecho incontrovertible y la sustrayese a las fundadamente temidas maquinaciones de los interesados en escamotearle de la vida pública, a la vez que lo educaba, formaba su carácter y su personalidad para que, al llegar el tiempo de actuar por sí, pudiera hacerlo con toda la eficiencia que requería la magnitud de los problemas que estaba llamado a resolver.

Por eso, cuando las veleidades del escalafón me trajeron a esta Ciudad, al encontrarme —en ocasión de venir a esta casa para hacer la obligada visita de cortesía al Alcalde— con la figura estrénuo del de Montrodón, representada en una de las pinturas de la Galería de Vicenses Ilustres, me pareció haber encontrado a un viejo amigo a quien desde hacía tiempo no había visto.

Las circunstancias han determinado que esta mañana sea yo quien haya de ofrecer a la ilustrada consideración de la selecta concurrencia la semblanza de vuestro paisano, el cumplido caballero Guillermo de Montrodón, misión ésta nada fácil porque la Fama, esa matrona alada que los poetas nos representan armada de trompeta sonora con la cual pregonar hechos y proezas, se ha mostrado con nuestro caballero menos activa y menos vocinglera que con los héroes virgilianos; más bien ha guardado discreta reserva y se ha mostrado tácita, limitándose tan sólo a decir lo que la prosa escueta de los documentos deja entender y un inciso tan solo en la Crónica del Rey Conquistador por la que se viene en conocimiento de cuál fué la patria del Maestre del Temple bajo cuya guarda fué puesto el Rey al ser devuelto a sus súbditos por Simón de Montfort. Pero contando con que D. Raimundo de Abadal ya desbrozó el camino en la luminosa disertación que hizo con ocasión de ser colocado en la Galería de Vicenses Ilustres el retrato que va a ser sustituido por el que hoy se repone, y contando igualmente

con la benévola indulgencia del selecto auditorio al que me dirijo, pongo manos a mi empresa con la esperanza de que si bien no conseguiré dejar una biografía definitiva de Guillermo de Montrodón, habré logrado interpretar la satisfacción de la actual generación de vicenses por contarle entre sus paisanos.

Para la mejor claridad en la exposición de ideas las distribuyo en tres apartados que, valiéndome del símil calderoniano de comparar la vida humana con una representación teatral, enunciaré bajo tres epígrafes tomados también del lenguaje de la farándula: **El Escenario, El Actor, La Representación.**

El Escenario

Los años de transición del siglo XII al XIII, tiempos en que correspondió vivir a Guillermo de Montrodón, puede decirse que son el punto culminante de la Edad Media. Durante ellos, los principios feudales que informan la sociedad del alto medioevo van cediendo paso al municipalismo y al romanismo renaciente que venía del otro lado del Mediterráneo, trayendo nuevos principios, nuevas concepciones sociales y políticas que habían de determinar poco a poco la sustitución de la sociedad feudal por la del renacimiento; el espiritualismo, que todos reconocen a los tiempos medievales, ha iniciado ya el proceso de suavización de costumbres que andando el tiempo transformó el ceño adusto de la sociedad europea en otro más amable, más humano como se manifestó en los años pre-renacentistas.

El atomismo político propio de la organización feudal iba cediendo el paso al monarquismo y los reyes por entonces habían ya dejado de ser el caudillo circunstancial que dirigía determinada empresa guerrera para convertirse en verdadero jefe y encarnación del Estado, señor supremo de todos los de su reino, al menos nominalmente o de derecho porque de hecho no escaseaban en aquellos años ni escasearon en otros posteriores las ocasiones en que los barones obraban con completa independencia de criterio y aun desobedecían los mandatos de los reyes; no obstante, en las empresas de carácter nacional todos los señores se agrupaban en torno a la persona del Rey para llevar la empresa a feliz término, como se ve ocurrir con ocasión de la batalla de las Navas de Tolosa en que los reyes de Aragón, Castilla y Navarra concurrieron con los caballeros más esforzados de sus reinos para detener el impetuoso avance

de las fuerzas del Moramomilin —forma con que las crónicas romanceadas expresan el dictado de Emir Almuminin que se hacía dar el Emperador de los Almohades— que amenazaba derrumbar toda la obra de la Reconquista ya en vías de consolidación.

Por lo que respecta a la Confederación Catalano Aragonesa, en su política exterior se le ofrecían dos problemas como principales. Era el uno el de la Reconquista, tan avanzada ya que los territorios del reino de Aragón y los del principado de Cataluña estaban completamente liberados de los musulmanes después de las conquistas de Ramón Berenguer IV en la vega del Bajo Ebro y las de Alfonso el Casto en la Sierra de Teruel, donde incluso se llegaron a conquistar los castillos de Olocau y Benifazá fuera de los límites del reino moro de Zaragoza y dentro de los del reino moro de Valencia. El otro lo constituía la defensa de los intereses de la Casa Real de Aragón y Cataluña en el Mediodía francés donde chocaban con la política expansionista de los reyes de Francia ansiosos de extender su influencia a todos los ámbitos del otro lado del Pirineo y en ello no vacilaban en utilizar cuantas oportunidades se les deparaba para poner los habitantes de los territorios codiciados frente a los monarcas aragoneses.

Una de estas oportunidades fué motivada por la aparición de la herejía albigense por el sur de Francia en la segunda mitad del siglo XII. Las predicaciones de Santo Domingo de Guzmán y de los demás religiosos de la Orden que él fundara a tal objeto no fueron bastantes para sofocar los núcleos de la herejía y volver a sus secuaces a la verdad católica; por ello se organizó en tierras del Rey de Francia una expedición militar al efecto de someter por la fuerza a quienes de grado no lo querían ser, expedición a la que el Pontífice Inocencio III concedió los caracteres de Cruzada. Al frente de los expedicionarios se puso Simón de Montfort que, menos elevado de miras que el Santo Padre, no se limitó a combatir a los herejes sino que en los territorios y poblaciones donde entraba desposeía a quienes las tenían por el Rey de Aragón alzándose con los estados de los destituidos. Pedro el Católico creyó más prudente

acudir a procedimientos diplomáticos que a la acción directa, como se dice hoy, para atraerse al jefe de la Cruzada en beneficio de sus vasallos destituidos y en 1211 ajustó un convenio con el de Montfort por el que se acordó, entre otros extremos, casar una hija suya con el único hijo legítimo del Rey, Jaime, que a la sazón tenía tres años de edad, entregándosele al de Montfort la persona del Príncipe en garantía del cumplimiento de lo pactado. No por ello cambió Simón de conducta, sino que prosiguió valiéndose de su calidad de cruzado para satisfacer ambiciones políticas, por lo cual el Rey, prestando oídos a las quejas de sus vasallos de allende el Pirineo decidió recurrir a procedimientos bélicos para detener la nunca satisfecha ambición del jefe de la Cruzada. La suerte le fué adversa a Pedro el Católico porque en el primer encuentro que tuvo con Simón de Montfort frente a las puertas del castillo de Muret encontró el Rey la muerte dejando como único sucesor de sus estados al príncipe Jaime que retenía en su poder el de Montfort: era esto en 1213 y por tanto el sucesor de Pedro el Católico contaba solamente cinco años de edad.

En el interior el principal problema que se presentaba a los reyes catalano-aragoneses era el consolidar la sutura entre Aragón y Cataluña, no muy fuerte todavía por el escaso tiempo transcurrido desde que se hizo la unión, pero la muerte de Pedro el Católico originó otro más grave, el de las banderías que se produjeron por el ejercicio del poder que dejaba vacante el Rey difunto. Los pretendientes al ejercicio de este poder eran dos, ambos de sangre real: el uno D. Fernando, hermano de Pedro el Católico y tío por consiguiente del nuevo rey, monje intriguante del Monasterio del Montearagón donde ceñía la mitra abacial y en quien se avenía mejor por lo visto la vida ajetreada del caballero que no la contemplativa del religioso; el otro era el infante D. Sancho, Conde del Rosellón, hermano de Alfonso el Casto y tío abuelo por consiguiente de Jaime I. Consecuencia de estas banderías y de esta falta de un poder central fuerte llegó a ser el que los nobles resucitasen añejos antagonismos y rivalidades de familia, con lo cual retornaron a las costumbres ancestrales de las guerras entre sí, de tal

manera que, al decir de Giménez Soler, «toda la tierra fué hervidero de parcialidades y campo de guerras privadas».

Coexistían con estos caballeros seculares otros, los de las Ordenes Militares, mezcla de caballeros y de religiosos que sujetos a una regla y sometidos a la obediencia de los superiores de su Orden tenían por finalidad la guerra contra los infieles, los cuales no obstante tener un cariz más militar que religioso, no se mezclaron en aquellas parcialidades. Dos eran las que entonces se hallaban establecidas en los territorios de la Confederación, la del Hospital y la del Temple, ambas de aparición coetánea en la Tierra Santa y de arraigo casi simultáneo en los territorios de la Confederación. Su creación obedeció a una necesidad de los tiempos, como era el proteger en los Santos Lugares a los peregrinos que los visitaban y asistirles en caso de enfermedad, pero caída Jerusalén en poder de los turcos les faltó el objeto de su creación y lo cambiaron por la guerra contra los infieles, para lo cual quizá era España el país más apropiado de todo el Occidente y aquí arraigan protegidas por los reyes de los distintos estados peninsulares.

En Aragón y Cataluña les favoreció el testamento del rey aragonés Alfonso el Batallador que, muerto sin sucesión, dejó su Reino a las órdenes de Hospitalarios, Templarios y del Santo Sepulcro, por lo cual los sucesores de aquel rey hubieron de hacerles pingües donaciones a cambio de que renunciasen a sus derechos al Reino, concesiones que no se limitaron a territorios en el Reino de Aragón sino que alcanzaron también a los de Cataluña, porque los Condes de Barcelona no encontraron aun zanjada esta cuestión al convertirse en reyes de Aragón por el matrimonio de Ramón Berenguer IV con D.^a Petronila. Así vemos que el Príncipe Conde, para arrancar a los Templarios la renuncia de sus derechos a la Corona, hubo de hacerles donación del castillo de Monzón en Aragón y del de Xalamera, aguas arriba del Ebro, en Cataluña, entre otros (1143).

Las Ordenes Militares eran verdaderas potencias en la sociedad medieval, tanto en el orden financiero como en el militar y el político. Sus caballeros estaban sometidos a la obe-

diencia del superior general de la Orden al que se daba el nombre de Gran Maestre y como inferiores a él había un superior para cada nación que entre los Templarios recibía también el nombre de Maestre, quien tenía como subordinados inmediatos a los superiores de cada residencia de caballeros, ordinariamente una fortaleza cuya defensa les estaba encomendada, los cuales recibían distintos nombres según las comarcas: aquí se les llamaba comendadores, aunque los del Hospital en algunas casas eran llamados Baylios y Baylias los territorios sometidos a su jurisdicción, o Precentores, traducción del vocablo latino *perceptores* con que se les designa en los documentos de la época.

Se completaba la sociedad con los eclesiásticos seculares y regulares, más dedicados al cultivo de las letras y a las prácticas religiosas, pero con intervención eficaz en los asuntos públicos especialmente por parte de los Obispos y Abades; con los menestrales que habitaban las ciudades, poco influyentes en la vida pública porque aun se hallaba en mantillas el movimiento denominado por los historiadores municipalista al que tanto incremento había de dar Jaime I; y con los rústicos que habitaban en las tierras que cultivaban, sujetos con vínculos más o menos estrechos a los propietarios territoriales que en su mayoría eran los barones de quienes ya se ha hablado anteriormente.

Este fué a grandes rasgos el escenario donde Guillermo de Montrodón hubo de desempeñar el papel que le fué encomendado en la gran comedia de la vida.

II

El Actor

Antes se ha dicho que la Fama se ha conducido con mucha reserva respecto a Guillermo de Montrodón ocultándonos tanto el nombre de sus padres como la fecha de su nacimiento; pero no hizo lo propio con el lugar donde vino al mundo porque,

valiéndose de la voz, mejor dicho de la pluma, del Rey Conquistador, de Pedro Tomich o de quienquiera que sea el autor de la Crónica de aquel Rey, nos hace saber que era *natural Dosona*. Abadal se esfuerza en rebatir al P. Remon que supone ser Osuma la *Osona* de la Crónica, pero en el estado en que se encuentran actualmente los conocimientos históricos no es necesario hacer hincapié en argumento alguno para demostrar la inconsistencia de una confusión en la que sólo pudo incurrir un historiador del Renacimiento, más atento como lo eran los de su época al aspecto literario de la Historia que a sustentarla sobre una base crítica.

De esta afirmación que no deja lugar a duda, puesto que aquí hubo caballeros del apellido Montrodón, fácil es deducir que su linaje es el de los señores del Castillo de Montrodón que, remozado después de los tiempos de D. Guillermo aunque envejecido ya, muestra al viajero que llega a visitarnos su pétrea mole sobre una loma a la entrada de esta feracísima Plana; con mayor motivo sabiendo como sabemos por el mismo Abadal que aquella familia tenía su casa en la Ciudad, en la que antiguamente se llamó plaza de Montrodón y hoy conocemos por plaza de Malla, sin duda porque la familia de este último apellido vino a suceder a los Montrodón en ser los habitantes más caracterizados de aquella plaza recoleta, pues sabido es que antes de surgir la actual moda de dedicar los nombres de las vías públicas a personas de más o menos relieve o simplemente a fechas, tomaban aquéllas el nombre del edificio de más relieve, de algún accidente topográfico o del grupo de personas más conocidas que allí habitara.

En cuanto a la fecha del nacimiento no hay modo de averiguarla ni aproximadamente, pero es de suponer que si asistió a la batalla de las Navas de Tolosa capitaneando a los Templarios que llevó Pedro el Católico, como nos dice Zurita, en 1212 era ya un hombre hecho y en la plenitud de sus fuerzas y conforme a esto se ha de situar su nacimiento alrededor de 1170. Respecto a sus progenitores inmediatos, Abadal le supone hijo de Guillermo Ramón y nieto de Ramón Bonfilio y de su esposa Malasindis quienes en 1141 donaron a la Canónica de

San Pedro de Ausona un hijo llamado Ramón para que fuese canónigo dotándole con un alodio en la parroquia de S. Julián de Vilamirosa. Por la comparación de fechas bien pudo ser así y ningún reparo hay que poner a la verosimilitud de esta afirmación, aunque con arreglo a la buena crítica hemos de aceptarla solamente con el carácter de verosímil.

Y dejando por un momento la crítica para dar rienda suelta a la fantasía, llegados a este punto podemos imaginar la infancia y la adolescencia de nuestro Guillermo de Montrodón desarrollándose entre la casa fuerte de su familia en la parroquia de San Ginés de Taradell y la casa ciudadana en la plazuela de su apellido en Vich, sometido a la educación propia de los hijos de los caballeros de aquel tiempo en la que el desarrollo de las aptitudes físicas y el aprendizaje de los ardidés bélicos constituía el principal objeto. Le imaginaremos también en relación constante con los hijos de otros caballeros de la comarca y aun con eclesiásticos de la iglesia de Vich, tal vez con el que Abadal supone su tío Ramón de Montrodón, el Canónigo, y de esta manera comprenderemos, siempre usando de la imaginación, su ingreso en la Orden del Temple: bien porque en su espíritu se forjara el ideal de servir a Dios, no con la vida contemplativa y copiando códices como los monjes de cogulla, sino con la vida activa y agitada del caballero; bien porque oyendo hablar al Maestro de la Orden Ramón de Gurb—sin duda amigo de los Montrodón—de los pingües heredamientos que la Orden recibió de Alfonso el Casto en las montañas turolenses que la ponían ya en las cimas de las sierras—Aliaga, Fortanete, Villaluengo, Cantavieja— de las que no había más que descender para llegar a las fértiles llanuras valencianas, o escuchando los relatos de su vecino, el señor de Montcada, que refiriera lo poderosa que era aquella Orden, su rival en el señorío de Tortosa, concibiera la ambición de llegar a poseer alguna encomienda que le proporcionara la utilidad y la fama que no podía esperar de los alodios familiares reservados al primogénito de la casa; bien porque fuera su padre quien le destinara para caballero del Temple como un medio de colocación honrosa para un secundón de su estirpe. Cualquiera que

fuera la causa que lo motivara es lo cierto que Guillermo de Montrodón vistió el hábito blanco y cruzó su pecho con los gules del Temple en fecha que no podemos precisar y en 16 de julio de 1212 aportó su esfuerzo como caballero templario y su pericia en las artes de la guerra en la magna jornada del triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas de Tolosa, hecho crucial en la Historia de la reconquista cuyas consecuencias son sobradamente conocidas.

Volviendo a la fría expresión de los documentos le encontramos en 18 de abril de 1214, siete meses después de la muerte de Pedro el Católico, asistiendo al acto de la jura de reprobación de la herejía albigense por los habitantes de Tolosa, pero titulándose ya Maestre del Temple como lo titula la Crónica de D. Jaime. ¿Cuándo fué elevado a tal dignidad? Digamos primero que no era Gran Maestre de la Orden, sino Maestre de Cataluña, Aragón y Provenza, esto es, de los países del Mediterráneo occidental, pero así y todo no puede precisarse la fecha de su asunción para la dignidad maestral. Sabemos que en 1213 la ostentaba aún Ramón Berenguer, de modo que debió ser investido a últimos de dicho año o primeros de 1214, bien por sus merecimientos personales, bien por el prestigio que alcanzara en la Corte de Pedro el Católico. Como tal Maestre, en abril de este último año y de regreso ya de la embajada a Roma de que se hablará más adelante, asistió con el Prior del Hospital y varios nobles de Aragón y Cataluña al acto de entrega de la persona de Jaime I por Simón de Montfort al Legado Pontificio Pedro de Benavento; más adelante en 28 de septiembre de 1218, actúa también siendo Maestre y con el carácter de testigo en la confirmación que hace Jaime I a los habitantes de Montpellier, de todos sus privilegios y buenas costumbres y a partir de esta fecha se nos pierde ya como Maestre de la Orden, aunque no se encuentra otro hasta 1224 en que aparece con este título Folch de Montpesat. Sin embargo, encontramos como vicemaestres en el año 1218 a Poncio de Menescal y a Guillermo de Fortel.

No se creó por eso que Guillermo de Montrodón hubiera fallecido por aquellas fechas; aún vive en 1225 porque en 2 de

junio de este año actúa como testigo en el privilegio concedido por el Rey Conquistador a los habitantes de Alcañiz eximiéndoles de ser apresados por deudas de sus señores que lo eran a la sazón los caballeros de Calatrava. Parece querer indicar esto que Guillermo de Montrodón se hizo ayudar o suplir en sus funciones por un vicemaestre y que más adelante dimitiera la dignidad maestral para dar paso a otro, el nombrado Folch de Montpesat, en la ardua tarea de gobernar la Orden en estos territorios.

Desde 1225 se pierden las pisadas de Guillermo de Montrodón en su peregrinación por esta vida. Quizá sea debida esta falta de noticias suyas a que dejara el séquito del Rey Conquistador, enfrascado por entonces en sus empresas contra los moros, retirándose a emplear los últimos años de su vida en ejercicios de piedad, y a que la falta de fuerzas físicas no le permitía dedicarse a empresas de guerra.

Como se ha visto sólo conocemos una corta parte de la vida de Guillermo de Montrodón, los trece años que van desde que lo encontramos peleándose con los almohades en las llanuras gienenses en 1212 hasta junio de 1225 en que le encontramos en el séquito regio por última vez. Pero en este corto espacio de tiempo fué tan fecunda su vida para el bien de esta nuestra tierra, que fué la suya, como se ha de ver en la tercera parte de estos escauceos biográficos.

III

La Representación

Cuando murió Pedro el Católico frente a las fortalezas de Muret su hijo único, el que luego había de ser llamado el Conquistador, estaba en poder de Simón de Montfort que lo retenía en Carcasona. El problema de la sucesión a la Corona quedaba por lo tanto resuelto de derecho con la sobrevivencia de aquel único vástago; pero de hecho quedaba planteado en los términos de conseguir la restitución del Rey niño a sus reinos. Dice

la Crónica que para obtenerla se utilizaron dos medios, el bélico y el diplomático, pero a nuestro propósito el primero de ellos no nos afecta y fijaremos tan solamente nuestra atención en el diplomático.

«*E part de la guerra que ells faeren de Narbona—dice la Crónica—enuiaren missatge al apostoli Innocent tercer, que el preses conseyl e destrenyes a Simon de Montfort per uet o per altra manera, que cobrassen nos, qui erem lur senyor natural*». Zurita nos dice quienes fueron los embajadores enviados al Pontífice: el obispo de Albarracin Hispano, Ximen Cornel y Guillermo de Cervera que habían sido caballeros de la confianza de Pedro el Católico, nuestro Guillermo de Montrodón y el aragonés Pedro Ahones, todos ellos personas de gran predicamento en la Corte del Rey difunto. Sanpere y Miquel niega que el Maestre del Temple formara parte de la embajada fundándose para ello en que en el Archivo de la Corona de Aragón existe un documento en el cual interviene el Maestre, datado a 15 de la kalendas de febrero del año de la Encarnación 1213 que según él corresponde al 18 de Enero de 1214 y en que el mandamiento del Papa del que luego nos hemos de ocupar es de fecha 19 de los mismos mes y año, pero indudablemente no tiene en cuenta el citado Sanpere que en la Cancillería de Cataluña el cambio de calendario se hacía por entonces a 25 de diciembre y no a 25 de marzo como se hizo posteriormente, con lo que la fecha de tal documento es el 18 de enero de 1213 y no existe por lo tanto incompatibilidad en el tiempo.

Los resultados de esta embajada no pudieron ser más favorables para estos reinos puesto que Inocencio III expidió una bula en términos conminatorios ordenando a Simón de Montfort que entregase el Infante Jaime al Legado Apostólico por quien le enviaba la bula, que fué el cardenal Pedro de Benavento. El Legado partió de Roma con los embajadores a últimos de enero de 1214 (la bula se expidió el 19 de enero); en Provenza se les unieron el Conde-Infante D. Sancho y el Prior del Hospital y todos juntos fueron a Narbona donde se hallaba el de Montfort para comunicarle la conminación de Inocencio III. *Enuia tan forts cartes e tan forts missatgers*—dice a este pro-

pósito la Crónica — *al comte Simon que el hac a atorgar quens re-
trie a nostres homens*. Decidida pues la entrega de D. Jaime,
las gentes de Simón de Montfort llevaron al niño de Carcasona
donde se hallaba a Narbona y allí ante los embajadores y
«*gran partida dels nobles de Catalunya e dels ciutadans*» fué entre-
gado el Rey al Legado en junio de 1214.

Restituído el Rey a sus vasallos y llegado que hubieron
todos los que habían salido a recibirle, juntamente con los que
vinieron de Roma, a Cataluña, como D. Jaime era todavía
niño, pues no contaba sino seis años y cuatro meses de edad,
hubieron de proveer ante todo a la tutela de la regia persona
e cordaren se tots—son palabras de la Crónica—*quens nodris lo
Maestre del Temple en Montso: e son nom daquell Maestre era en
G. de Montrodon, qui era natural Dosona, e Maestre del Temple
en Aragó, e en Catalunya;* más tarde Inocencio III aprobó esta
designación en la bula *Dilectis filiis* de 19 de enero de 1215 y
como la situación económica del Príncipe era precaria porque
su padre había dejado todas sus rentas empeñadas a judíos
y sarracenos y vendidos la mayor parte de los honores del
Reino, para recuperar las prendas dejadas y reconstruir la
Hacienda Real fué designado también en la citada bula el
Maestre del Temple.

La comitiva regia se encaminó a Lérida para que el nuevo
soberano recibiese allí el homenaje de sus súbditos, a cuyo
efecto se había convocado una asamblea de prelados, barones
y procuradores de las villas y ciudades, en la cual quieren ver
los autores las primeras Cortes de Aragón y Cataluña. Acudie-
ron a la ciudad del Segre todos los convocados excepto los in-
fantes D. Sancho y D. Fernando y allí, teniendo en brazos al
Rey el arzobispo Sparech de Tarragona, su pariente, recibió
el homenaje y juramento de fidelidad de todos los concurrentes
a la asamblea. Allí mismo se hizo cargo D. Guillermo de Mont-
rodón de su regio, pupilo y cumpliendo lo acordado le llevó al
Castillo de Monzón que era de su Orden. Según el citado San-
pere y Miquel a ningún otro lugar lo hubiera podido llevar
mejor «para atender a la vez a su seguridad y recreo, que es
de todo punto encantador el panorama pirenaico, así como el

de las riberas del Cinca, que había de ser su paseo favorito, que desde lo alto de sus murallas, por el tiempo formidables, se divisa».

El Barón de Tourtoulon en su conocida biografía de D. Jaime dice que Monzón fué para el Rey lugar de asilo y cautiverio a la vez, considerándole como prisionero del Infante D. Sancho y asignando a Guillermo de Montrodón la misión de encargado de su custodia; de Tourtoulon se ha divulgado esta especie entre la mayor parte de los historiadores posteriores a él y Giménez Soler llega a afirmar que catalanes y aragoneses para tener al Rey «bajo custodia segura, encomendaronlo a Guillermo de Montrodón, Maestre de los Templarios, que lo encerró en el Castillo de Monzón, y aquí pasó el resto de su niñez».

Indudablemente estos autores se hallan influídos por prejuicios que les hacen perder la ecuanimidad y el buen criterio al enjuiciar estos hechos. Tourtoulon escribía en pleno romanticismo y era francés: para los románticos franceses—y aún para muchos españoles—un castillo de la Edad Media no es sino la encarnación del *ancien régime*, un antro de tormentos donde se fraguaban las órdenes y mandatos para exigir de los rústicos del término las prestaciones más absurdas, o por lo menos el escenario de tragedias pasionales para que las lleve a la escena Victor Hugo o de trasnochados idilios entre damas neurasténicas y caballeros algo fuera de sus cabales o trovadores trotamundos, y no pudiendo sustraerse Tourtoulon a esta idea tan poco real de lo que fueron los castillos medievales llega a considerar que, tratándose de un castillo, el de Monzón, necesariamente había de estar el Rey prisionero porque únicamente el señor del Castillo y sus satélites podían gozar de libertad allí conforme al romanticismo al uso; por otra parte, la leyenda negra formada alrededor de los Templarios se halla tan extendida en Francia que ni aún las personas cultas llegan a dudar de las imputaciones que les hizo Felipe Augusto a últimos del siglo XIII para conseguir su extinción y apoderarse de sus bienes y con esta manera de considerar a los Templarios que tienen los franceses no nos ha de extrañar

que Tourtoulon, hijo de su tiempo y de su patria, no dude en atribuirles la siniestra misión de carceleros del Rey cuando no secuestradores de su persona.

En cuanto a Giménez Soler, sabida es su prevención contra todo lo que con Jaime I se relaciona: le considera como hombre vano, analfabeto, «mal marido de sus mujeres y mal padre de sus hijos», incluso le niega virtudes castrenses atribuyendo sus victorias militares sólo «a la debilidad de aquellos a quienes combatía». Con esta obcecación en el enjuiciamiento de la actuación del Conquistador en la Historia no ha de sorprendernos que se obceque también al apreciar las circunstancias en que se desarrolló su vida y como para justificar todos los defectos que le atribuye es necesario suponerle una educación defectuosa, el autor se contradeciría consigo mismo si afirmara que D. Jaime había recibido alguna educación, precisa de afirmar que estaba en Monzón de alguna manera que no fuera la de educando y ninguna más adecuada a sus fines que la de prisionero porque así, estando aislado de todo trato, el carácter defectuoso del Rey, como lo supone, iría acrecentando sus defectos hasta llegar a convertirle en un hombre ignaro y depravado como nos lo representa.

Pero los hechos se producen y se desarrollan siempre, no como los presentan los escritores, sino como los produce la realidad y ésta es que el talento militar de Jaime I, su sagacidad diplomática, su visión del momento político en cada ocasión y en cada momento—cuando no mediaba la intervención de algún brial, que también se le ha de dar la razón a Giménez Soler cuando la tenga—su sentido jurídico y tantas y tantas otras buenas cualidades que lo adornaron precisan de natural disposición y de buena educación que el Conquistador no pudo adquirir por el continuo vagar de su existencia, sino en los años de quietud pasados al abrigo de las murallas de Monzón.

Los pocos hechos de que tenemos noticia relativos al tiempo de la estancia del Rey en Monzón vienen a decirnos cuán errados estuvieron en sus apreciaciones los autores citados y con ellos los que aceptaron sus afirmaciones. Veámoslos.

«*E nos estant en Montso feren se bandos e partides entrels richs homens Darago*»—dice la Crónica—y estos bandos y estas parcialidades tenían por finalidad, conservar la gobernación del Reino los partidarios del Infante D. Sancho, apoderarse de ella los parciales del discolo Infante D. Fernando que pretendía derribar a su tío del cargo de Procurador del Reino. Unos y otros visitaban al Rey en su residencia de Monzón «*per tal que uinguessem de una partida, e destruysssem laltra*», lo cual vino a complicar la situación política ya de suyo delicada y a aumentar las preocupaciones del Maestro del Temple que se vió en la necesidad, no sólo de proteger la persona del Rey contra posibles malquerencias de los partidarios de uno u otro bando, sino también a procurar que D. Jaime llevado de su inexperiencia—no contaba aún nueve años de edad—permaneciera sin inclinarse a uno ni otro bando en perjuicio de su prestigio y de la independencia que le era necesaria para imponer su autoridad entre aquella nobleza levantisca cuando llegara la hora oportuna.

Para ello consideró que lo más eficaz era asegurar la fidelidad del Consejo de la Procuradoría y para conseguirlo hizo que sus componentes prestaran juramento de tomar al Rey bajo su protección, defenderlo, no traicionarle, aconsejarle y no entregarlo a sus enemigos, hecho que tuvo lugar en el mismo Monzón el día 15 de septiembre de 1216.

Un hecho inesperado vino a precipitar los acontecimientos y este hecho fué la fuga del Conde de Provenza Ramón Berenguer, niño también que se educaba junto con D. Jaime, de quien era pariente, en el Castillo de Monzón, para reunirse con sus súbditos que prepararon la fuga y lo llevaron a sus estados. Temiendo D. Sancho que su sobrino hiciese lo mismo y se uniera a los parciales de D. Fernando, con lo cual se le privaría de la Procuración del Reino, intentó apoderarse del mando supremo, en vista de lo cual D. Guillermo de Montrodón y los freires del Temple decidieron la salida de D. Jaime del Castillo de Monzón para reunirse con los que seguían la voz del Abad de Montearagón e impedir de esa manera que D. Sancho se apoderase de los estados; para ello, una vez asegu-

rada la fidelidad del Consejo de Procuradoría por el juramento que prestó en septiembre anterior, sólo faltaba proporcionar al Rey medios económicos y al efecto fueron convocadas Cortes en Monzón que tuvieron lugar en julio de 1217 y en ellas se prometió al Rey el servicio pecuniario del *bovatje*.

Preparado todo esto, el Rey hizo venir a su residencia a los partidarios del Infante D. Fernando, Pedro Fernández y Rodrigo de Lizana con su bando y al Procurador de los estados de Montpellier Guillermo de Cervera. Con ellos salió del Castillo un día al amanecer dirigiéndose a Berbegal, de allí a Huesca y luego a Zaragoza donde se le encuentra en mayo de 1218.

Los autores que sostienen la tesis de la fuga de D. Jaime de Monzón, afirmando que la salida del Rey de dicho Castillo se hizo subrepticamente en combinación con los partidarios de D. Fernando, la sitúan a mediados de junio de 1217, aduciendo en prueba un documento real datado en Sijena el 24 de junio de 1217 y deducen de él que por estas fechas se hallaba ya emancipado de los Templarios, pero este aserto se contradice con el sentido común y con lo que dice la Crónica de D. Jaime. Con aquél porque posteriormente a la estancia del Rey en Sijena se le encuentra celebrando Cortes en Monzón como se ha dicho y ¿no es un contrasentido que una vez fuera de los Templarios vuelva el Rey a una villa del señorío de aquellos para celebrar Cortes, arrojando la contingencia de que los caballeros intentasen volverlo a recluir en el Castillo, ya que la estancia en Monzón facilitaría el intento? ¿no es más natural que las Cortes se celebrasen en otro lugar, lejos de los caballeros del Temple? Con la Crónica se contradice también esta tesis, porque según ella cuando el Rey salió de Monzón ya no volvió por allí, sino que fué a Aragón y a Cataluña prescindiendo de la vuelta a la villa de los Templarios para celebrar Cortes. Por eso entiendo que la visita del Rey a Sijena debió ser hecha con anuencia y bajo la autoridad de D. Guillermo de Montrodón y siempre bajo esta autoridad volvió a Monzón a tener las Cortes, terminadas las cuales o aplazadas para Villafranca del Panadés como quiere Sanpere y Miquel, tuvo lugar

la salida de D. Jaime del Castillo de Monzón y su partida para Aragón con todas las incidencias que refiere la Crónica.

Con esto termina la tutela de D. Guillermo de Montrodón sobre el Rey y lo que a éste haya ocurrido después de haber salido de la égida del Maestre del Temple ya no afecta nuestro propósito por más impresionante que sea.

Los hechos, pues, vienen a demostrar que la estancia de D. Jaime en Monzón no fué un cautiverio ni su salida de aquel Castillo una liberación de él por sus partidarios; de haber sido así no hubiera vuelto el Rey de Sijena a Monzón ni tampoco más tarde, en 1220, no hubiera recordado los buenos servicios que recibió de D. Guillermo de Montrodón en las frases laudatorias que le dedica al nombrarle guardador general de las rentas reales en Cataluña.

Forzoso es rehabilitar la conducta de D. Guillermo de Montrodón con respecto al más grande de los Reyes que tuvo la Confederación catalana-aragonesa y reconocer que ni fué un carcelero de Jaime I ni un secuestrador que le retuviere separado de sus barones y aislado de los asuntos públicos para que una determinada facción de las que se formaron manejara en su provecho y a su gusto los negocios del Estado; más bien ha de afirmarse que su proceder fué el de un diligente tutor que, además de gestionar los negocios de su pupilo con diligencia y provecho, le proporcionó una educación adecuada al destino que le tenía reservado su sangre real.

Por los frutos conoceréis el árbol, dice el texto evangélico, y los frutos que D. Guillermo de Montrodón dió a su patria fueron la formación de un Rey que convirtió una sociedad anárquica y dividida en un pueblo unido en un mismo ideal nacional, el de la Reconquista; que ensanchando los ámbitos de la civilización cristiana unió a sus estados otros dos reinos, el uno sacado de la espuma del mar, el otro como segregado del Paraíso terrenal; que no sólo supo incorporar aquellos dos reinos a su corona, sino que les dió una organización tan sabia y justa como lo demuestra el que vivieran y prosperaran conforme a ella durante cuatro siglos; que supo recoger y encauzar las ansias reformadoras de su tiempo dirigiéndolas por

rutas de justicia con las múltiples constituciones que dió para el régimen jurídico de Cataluña, con la recopilación del hasta entonces disperso derecho aragonés, con la formación del cuerpo legal de los *Furs* para Valencia, con el fomento de las municipalidades, con la adopción del «natural seny e equitat» como norma de justicia; que desvió la política exterior de sus estados del hervidero de pasiones y disturbios que era el Mediodía francés para dirigirla hacia la península italiana de donde venían auras de renovación y civilidad, sentando los cimientos de la expansión mediterránea, la cual en tiempos posteriores centró en España el movimiento político de Europa; que convirtió en templos de Jesucristo más de dos mil mezquitas y, cuando ya madura la empresa de la reconquista del Reino de Valencia piensa en agradecer a Dios y a su Madre la gracia aquélla, funda y dota el Monasterio Cisterciense de Santa María de Benifazá, precisamente en las primeras montañas del en vías de reconquista que fueron incorporadas a la Corona de su abuelo Alfonso el Casto. ¿Para que seguir, si como dice Ríos Sarmiento, la historia del Conquistador «parece toda leyenda y romance?». Si tales fueron los frutos, forzoso es reconocer que el árbol fué fecundo y su vida ópima para la Patria.

He aquí, señoras y señores, esbozada a grandes rasgos la silueta señera del cumplido caballero D. Guillermo de Montrodon. Que la figura arrogante y estrénua con que está representado en el lienzo que va a descubrirse sirva, no sólo de orgullo para sus paisanos que le honran colocándola en la Galería de los hijos más preclaros de la Ciudad, sino también de estímulo para todos cuantos se vean puestos en la situación de ser formadores de quienes hayan de dirigir los pueblos.



BIBLIOGRAFIA

Obras principalmente consultadas en la redacción de este estudio:

- ABADAL (Raimundo de) «*Guillermo de Montrodón*».—Vich, Imprenta de Ramón Anglada y Pujals. MDCCCXCIV.
- ALTAMIRA (Rafael): «*Historia de España y de la Civilización Española*».—Barcelona, Herederos de Juan Gili, Editores. 1909.
- GARCÍA (Honorio): «*Guillem de Montrodón*», en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*. Año VII, núm. 16, pág. 157.
- GIMÉNEZ SOLER (Andrés): «*La Edad Media en la Corona de Aragón*».—Editorial Labor, S. A., Barcelona. 1944.
- «*LIBRE DELS FEYTS esdeuenguts en la vida del molt alt senyor Rey en Jacme lo Conqueridor*».—Edición Aguiló.
- MIRET Y SANS (Joaquín). «*Itinerari de Jaume I el Conqueridor*».—Barcelona, «Institut d'Estudis Catalans». MCMXVIII.
- : «*Les Cases de Templers i Hospitalers a Catalunya*».—Barcelona. Imprempta de la Casa Provincial de Caritat. 1910.
- RIOS SARMIENTO (Juan): «*Jaime I el Conquistador*».—Editorial Juventud, S. A., Barcelona. 1941.
- SANPERE Y MIQUEL (Salvador): «*Minoria de Jaime I*» en «Congreso de Historia de la Corona de Aragón». Barcelona Stampa de Francisco Altés. 1913. pág. 580.
- SOLDEVILA (Ferran): «*Història de Catalunya*», Barcelona. 1934.
- TOURTOULON (Ch. de). «*D. Jaime I el Conquistador*».—Valencia. Imprenta de José Doménech. 1874.
- ZURITA (Jerónimo): «*Anales de Aragón*». Edición de «Las Glorias Nacionales».—Barcelona. 1853.
-

BIBLIOTECA

Gran tingement...
AGAR...
ALAMBA...
DARCI...
GIMEN...
JANE...
MELI...
PRO...
SABTE...
SOLDE...
TOUT...
EUBA...

FU-43-8